

convencimiento de su propia fuerza y envalentonar á su rey.

Fascinado Francisco I. con aquel triunfo, en vez de contentarse con mostrar á la Europa que sabia hacer invulnerable el territorio de sus naturales dominios, dejóse desvanecer; y dado como era á todo lo que fuese arriesgado, ruidoso y caballeresco, ya no pensó mas que en llevar otra vez la guerra á Italia, olvidando tantos escarmientos como le habia costado, «que para él (dice un escritor francés) improvisar una campaña en Italia era como improvisar una partida de caza.» Fiado, pues, el rey caballero en sus propias fuerzas y en su reciente fortuna, y dando gusto á su capricho, sin escuchar los prudentes consejos de Chabannes, de La Tremouille y de otros valerosos y espertos generales, ni querer oír á su misma madre, que siquiera por una vez le aconsejaba en razon, y animado solo por su favorito Bonivet, que tenia las mismas tendencias y los mismos defectos que él <sup>(1)</sup>, llevó adelante su temeraria reso-

(1) Dicese que el galante Bonivet deseaba tambien volver á Italia por el afan de ver á una dama milanese de quien se habia apasionado violentamente y le tenia cautivado el corazon, y que habia hecho á Francisco tal retrato de su hermosura y de sus gracias, que tambien el monarca cayó en tentacion y concibió un vivo deseo de conocerla. Todo es verosimil y creible de dos personajes que adquirieron cierta fu-

nesta celebridad por sus pasiones amorosas.—Brantôme, *Œuvres*, tom. VI.—Mr. Røederer, *Luis XII. et François I.* tom. II.

Tenemos á la vista una interesante obra publicada en Paris de orden del rey en 1847 con el título de: *Captivité du Roi François I.*, par M. Aimé Champollion-Figeac, y perteneciente á la *Collection de Documents inédits sur l'Histoire de France*. En este volumen, que es un grueso tomo

lucion, y á marchas forzadas franqueó los Alpes por el monte Cenis (25 de octubre, 1524), y se encaminó en derechura á Milan. Once dias empleó en su marcha á Lombardía, celeridad maravillosa para aquellos tiempos.

Semejante velocidad frustró al pronto todos los proyectos de defensa de los imperiales, que se limitaron á encerrarse en las plazas fuertes, tanto mas, cuanto que el ejército que allí tenia Cárlos no pasaba de diez y seis mil hombres, y estos sin pagas, sin municiones y sin cuartel. Milan, donde se habia recogido el marqués de Pescara con los restos del ejército de Provenza, Milan, devastado por una epidemia que habia arrebatado hasta cincuenta mil almas, no se hallaba en disposicion de defenderse; y Pescara y Lannoy evacuaron aquella desgraciada ciudad, dejando guarnecida la ciudadela, al tiempo que por otra puerta entraba La Tremouille con la

en 4.º mayor de 658 páginas, se insertan cerca de 600 documentos originales relativos á la conquista de Milan por Francisco I., al sitio y batalla de Pavía, á la prision del rey, y á su cautiverio en Italia y en España, hasta que recobró su libertad. Es una interesantísima coleccion, que nos ha servido mucho para la relacion de los sucesos comprendidos en este capítulo y en el siguiente.

Con arreglo á estos documentos desmiente Mr. Champollion muchos de los hechos y anécdotas que refieren Brantôme, Garnier,

Sismondi y otros historiadores: entre ellas la que hemos puesto al principio de esta nota.—Tambien pretenden deducir de una carta de la reina Luisa á Mr. de Montmorency que el rey Francisco no emprendió esta campaña contra el consejo de su madre, cómo afirman todos los historiadores: pero de esta carta, que hemos leído, no creemos pueda deducirse otra cosa sino que la reina madre sabia los planes de su hijo, y temia que se precipitara.—*Captivité*, pág. 44, nota.—Robertson, *Hist. del Emperador*, lib. IV.

vanguardia francesa <sup>(1)</sup>. Lannoy y Pescara se retiraron hácia Lodi sobre el Adda, y el español Antonio de Leiva se refugió con seis mil hombres en Pavía. En tan crítica situación los imperiales hubieran sido perdidos y los estados de Carlos en Italia corrido gran riesgo, sin una falta indisculpable de Francisco, y sin la enérgica, vigorosa y patriótica conducta de los gefes y de los soldados imperiales.

Mientras Francisco descuidó de perseguirlos, dejándolos fortificarse á espaldas del Adda, Lannoy empeñaba sus rentas de Nápoles para proporcionar algun dinero con que subvenir á las primeras necesidades de las tropas. Pescara empleó su inmenso prestigio y ascendiente en persuadir á los soldados españoles á que tuvieran la abnegación y dieran á Europa el magnánimo ejemplo de servir sin sueldo al emperador, y aquellos valientes guerreros accedieron á hacer este sacrificio en obsequio de su soberano y de un gefe que tanto amaban. El mismo Borbon empeñó todas sus alhajas para reclutar gente en Alemania, y volvió con doce mil lansquenets, á quienes sedujo su valor y su nombre, y la esperanza y perspectiva de los ricos despojos de Italia. El monarca francés, en lugar de perseguir á los imperiales por la parte de Lodi aprovechando los primeros efectos de la sorpresa, dejó á La Tremouille el cuidado de asediar el

(1) Champollion-Figeac, *Cap-tivité*, pág. 31 y 33. Documentos titulados: *Prise de Milan par François I.* — *François I. á la mi-octobre 1524. — Extrait d'un journal du regne de François I.*

castillo de Milan, y él con el grueso del ejército pasó á poner sitio á la importante plaza de Pavía (28 de octubre, 1524), donde se hallaba, como hemos indicado, el español Antonio de Leiva, «oficial superior de una clase distinguida, de grande esperiencia, bizarro, sufrido y enérgico (copiamos las palabras de un historiador extranjero), fecundo en recursos, deseoso de sobrepajar á los demas, tan acostumbrado á obedecer como á mandar, y por lo mismo capaz de intentar todo y sufrirlo todo por salir airoso en sus empresas <sup>(1)</sup>».

Comenzó el monarca francés por tomar y guarnecer todos los lugares vecinos á Pavía, y por cerrar la plaza con fosos y vallados. Despues de combatida unos dias con su artillería, mandó dar un asalto (7 de noviembre), que costó la vida á los que le intentaron, contándose entre los muertos Mr. de Longueville. Al otro dia jugaron todas las piezas por espacio de siete horas sin interrupción; contestaban los de dentro con su artillería y arcabucería, y con el estruendo de uno y otro campo parecia hundirse el mundo. Las brechas causadas por las baterías francesas eran instantáneamente reparadas por los sitiados, siendo Antonio de Leiva el primero á dar personal ejemplo de actividad, de arrojo y de sufrimiento á soldados y habitantes. En los muchos combates que en los si-

(1) Robertson, *Hist. de Carlos V.*, lib. IV.

guientes dias se dieron, perecieron tantos franceses, que el rey Francisco ordenó que se suspendieran para ver de emplear otros medios y recursos. Uno de ellos fué el de torcer con muchas estacadas el curso del Tesino que defendia la ciudad por un lado; mas cuando ya estaba casi terminada la obra, sobrevinieron tan copiosas lluvias que la corriente arrastró todas las estacadas y reparos. Hizo tambien destruir los molinos de ambas riberas; pero el general español, previendo este caso, habia hecho construir molinos de mano suficientes para las necesidades de la poblacion. No teniendo con qué pagar los soldados, los repartió por las casas imponiendo á los vecinos la obligacion de darles de comer: y á fin de que no faltase moneda, al menos para los tudescos, que eran los mas impacientes, recogió toda la plata de los templos, y la hizo acuñar con un letrero que decia: *Los cesarianos cercados en Pavia, año 1524.*

Poco menos cercados que ellos los imperiales que con Lannoy y Pescara permanecian en Lodi, fortificándose lo mejor que podian, pero sin atreverse á separarse una legua de aquel punto, parecian tan ignorados de todos, que en la misma Roma se fijó un pasquin diciendo: *«Cualquiera que supiere del ejército imperial que se perdió en las montañas de Génova, véngalo diciendo, y darle han buen hallazgo: donde nó, sepan que se lo pedirán por hurto, y se sacarán cédulas de escomunion sobre ello.»* Mas no

tardaron en dar señales de vida los que parecian muertos ó se pregonaban por perdidos.

Tenia el marqués de Pescara preparada una sorpresa, que ejecutó de una manera admirablemente ingeniosa. Un dia al anochecer llamó á todos los capitanes de infantería, y les mandó que sin ruido ni toque de tambor ni de trompeta recogiesen toda la gente en el castillo. A las nueve de la noche se presentó él en la fortaleza. El pais se hallaba cubierto todo de nieve (eran los últimos dias de noviembre). Hizo el marqués que los soldados españoles, hasta el número de dos mil, se pusiesen sus camisas blancas sobre la ropa exterior. Mandó bajar el puente levadizo, y ordenó á los soldados que fueran saliendo por una puertecilla estrecha que daba al campo. Nadie sabia el objeto de la maniobra, mas como todos se agolpaban para seguir á su general donde quiera que fuese: *«Salid despacio, hijos, les decia el marqués; que para todos habrá en el despojo; porque os hago saber que tenemos en Italia tres reyes que despojar, el de Francia, el de Navarra y el de Escocia (1).»* Luego que hubo salido toda la gente, que-

(1) Llamaba rey de Navarra á Enrique de Albret, el cual seguía, como el príncipe de Escocia, las banderas de Francisco I.

Tomamos muchas de las noticias referentes al célebre sitio y batalla de Pavia de una relacion escrita por un testigo de vista y sacada de un códice de la Biblioteca del Escorial. Se ha impreso

en el tomo IX. de la coleccion de documentos inéditos, y parece que el obispo Sandoval debió conocerla ya, segun se esplica en el lib. XI. de su Historia.

Tambien hemos visto en la Biblioteca nacional otras dos relaciones manuscritas de la batalla de Pavia, que cotejadas con la que acabamos de citar, no cree-

dando solo la necesaria para la guarnición del castillo, el marqués de Pescara comenzó á marchar delante de todos, llevando consigo al del Vasto. Con la nieve y el lodo se les desprendía á los soldados el calzado, pero todos seguían sin dar la menor señal de disgusto al ver á su gefe delante. Faltarían como dos horas para amanecer cuando se detuvieron un tanto atemorizados al ver que tenían que vadear un río. El marqués hizo colocar á la parte superior una hilera de caballos para que quebrantáran la corriente; se metió el primero en el agua metiendo una helada que le llegaba á la cintura, y su ejemplo y sus solas palabras de animación bastaron para que ningún español vacilára en seguirle. Continuaron todos marchando á pié, hasta que al apuntar el alba llegaron cerca de los muros de Melzo, que era la plaza á que solos los gefes sabían y los soldados ignoraban hasta entonces que se dirigían. Melzo está á las cinco leguas de Lodi, y mas cerca de Milan. Con el silencio que guardaban los imperiales oyeron que uno de los centinelas del muro le decía á otro: «No sé qué cosas blancas veo moverse hácia aquella parte.—Serán, contestaba el otro centinela, los árboles nevados que se mevan con el viento.»

mos tengan otra variación sino estar estas últimas divididas en capítulos, y parece ser copias unas de otras. La señalada con T. 459, debe ser la que en el tomo 43 de la colección de documentos inéditos

se dice perteneció á los libros del P. Burriel, que regaló á la Biblioteca el P. Diego de Ribera, dedicada á don Pedro Dávila, marqués de las Navas, pues corresponden todas las señas.

En esto se oyó dentro de la población el sonido de un clarín que tocaba á montar. Entonces el de Pescara se volvió á su gente, y dijo con mucho donaire: «Razon es, amigos, pues estos caballeros quieren cabalgar, que nosotros como infantes vayámos á calzarles las espuelas.» Y alentándolos á escalar el muro, cruzando el foso con el agua al pecho, él y el marqués del Vasto delante siempre, comenzaron los españoles á porfía á trepar la muralla apoyándose en las picas. Luego que hubieron subido varios, abrieron una puerta por donde fueron entrando los demas en tropel. Los gritos de ¡España y Santiago! que se confundían con los toques de las trompetas que sonaban en la plaza. El capitán de los de Melzo, Gerónimo Tribulcis, se encontró con el español Santillana, alférez del capitán Ribera, el que mas se había señalado en la batalla de la Bicoca, y cuyas hazañas no había en Italia quien no conociera (1). Rindió Santillana al conde Gerónimo Tribulcis despues de haberle herido mortalmente. Los demas fueron todos cogidos en la plaza y en la iglesia, muriendo pocos, pero sin escapar ninguno. Inmediatamente dispuso Pescara el regreso á Lodi por el mismo camino, con los despojos, los caballos y los prisioneros de Melzo, á los cuales dejó pronto ir libres donde quisieran, para enseñar al rey de Francia cómo tra-

(1) Había en Italia un refrán *Urbina y un alférez Santillana*. ue decía: *Un capitán Juan de*

taba él á los prisioneros, y ver si avergonzándole con este ejemplo templaba la rudeza y mal trato que usaba con los españoles que caían en su poder.

A los pocos dias recibió el marqués de Pescara un mensaje del rey Francisco, diciéndole que le daría doscientos mil escudos porque saliese á darle la batalla. «Decid al rey, contestó el de Pescara al mensajero, que si dineros tiene, que los guarde, que yo sé que los habrá menester para su rescate.» No tardó en verse que lo que pareció solo una jactancia habia sido una profecía. Cuando se supo en Roma la aventura de los encamisados, se puso otro pasquin que decía: «Los que por perdido tenían el campo del Emperador, sepan que es parecido en camisa y muy helado, y con doscientos hombres de armas presos y otros tantos infantes: ¿qué harán cuando ya vestidos y armados salgan al campo?»

Entretanto continuaba el sitio de Pavía, sin que apenas hubieran adelantado nada los franceses, gracias á la entereza, á las enérgicas medidas y al indomable valor de Antonio de Leiva. Sin embargo, todo el mundo opinaba que la plaza tendria que rendirse por la falta de recursos y porque Francisco I. dominaba todo el pais, con un ejército brillante de cincuenta ó sesenta mil hombres. El papa Clemente VII., con color de querer ser medianero entre Cárlos y Francisco enviaba emisarios al rey de Francia y al campo de los imperiales, para que se informáran de las fuer-

zas y de las probabilidades de triunfo de cada uno, para decidirse en favor de quien mas viera convenirle, y entreteniendo á unos y á otros con buenas palabras, concluyó por favorecer con capa de neutralidad al francés, envolviendo en la misma conducta á la república de Florencia, y privando así al emperador de sus mas importantes aliados.

Afortunadamente esta misma confianza inspiró á Francisco I. la loca idea de distraer su ejército en expediciones imprudentes, enviando al marqués de Saluzzo á recibir á Génova, y al duque de Albany con diez mil hombres á Nápoles, expedición que consideró el virey Lannoy tan poco peligrosa, que no quiso destacar un soldado para impedir la, diciendo: «la suerte de Nápoles se decidirá ante los muros de Pavía.» En todo esto no hacía Francisco sino seguir como antes las inspiraciones de su favorito Bonnivet, menospreciando los consejos de La Tremouille, La Paliza y otros generales veteranos en las guerras de Italia, los cuales se asustaban de verse colocados entre el ejército imperial y la guarnición de Pavía, é instaban al rey á que renunciara al sitio. Pero el rey caballero juró morir antes que abandonarle, porque como decía Bonnivet, «Un rey de Francia no retrocede nunca delante de sus enemigos, ni abandona las plazas que ha resuelto tomar.» Pronto iba á pagar la Francia entera la presunción, y las imprudencias y locuras de su rey (1).

(1) Sismondi, Hist. des Français, tom. XVI. p. 320.—Sin embargo, TOMO XI. 22

Mientras él había desmembrado de este modo sus fuerzas en expediciones insensatas, el duque de Borbon entraba en Lombardía con los doce mil lansquenets reclutados en Alemania con el favor del infante don Fernando, hermano del emperador, y se incorporaba á los imperiales en Lodi, (enero, 1525). La mayor dificultad para los imperiales, y especialmente para la guarnicion de Pavía, era la extrema escasez de víveres, de dinero y de municiones. Los tudescos, que constituian la mayor parte eran los menos sufridos, amenazaban ya entregar la plaza, y solo la sagacidad y firmeza de Leiva pudieron impedir una rebelion. En este conflicto y con noticia que del apuro tuvieron Lannoy y Pescara, discurrieron cierto arbitrio para enviar algun socorro á los de Pavía, de que merece darse cuenta.

Dos intrépidos españoles, el alférez Cisneros y su amigo Francisco Romero, se encargaron de esta peligrosa comision, ofreciéndose el primero á cumplirla con tal que le indultáran de la muerte que habia dado á un soldado, y por cuyo delito andaba prófugo. Puestos de acuerdo los dos, convinieron con el mar-

Champollion-Figeac (*Captivité du Roi, Introduction, página XIV.*) sostiene que el rey, así para el sitio de Pavía como para aceptar la batalla consultó y oyó á los viejos generales, fundándose para ello en las palabras de unas cartas patentes de la duquesa de Angulema, gobernadora del reino (fecha 10 de setiembre), que así lo espresan. No sabemos hasta qué punto influiría en el texto de las letras patentes de la regente el interés de que no cargara sobre su hijo toda la responsabilidad de aquellos desgraciados sucesos (*Captivité, página 312*). Garnier, Sismondi, Sandoval, Robertson y otros historiadores convienen en lo primero.

qués de Pescara en que irian al campo francés y fingirian querer ponerse al servicio del rey Francisco por las causas que llevarian estudiadas: dos labradores del pais, de su confianza, que irian á los reales franceses á vender ciertos víveres, llevarian cosidos á sus jubones los tres mil escudos que se queria enviar á los de Pavía, y con ellos se entenderian para tomar el dinero y meterse con él en la plaza cuando viesen ocasion. Con esto los dos soldados se pusieron las bandas blancas que distinguian á los franceses, y pasaron con ellos por los puestos enemigos hasta llegar al real, donde tuvieron medio de presentarse al rey Francisco y ofrecerle sus servicios, que el monarca recibió con mucho beneplácito, y mas cuando manifestaron no querer recibir sueldo hasta acreditar que sabian ganarlo. En este concepto sirvieron varios dias, y aun pelearon como si fuesen franceses con los de la plaza, siempre estudiando una ocasion y entendiéndose con los labriegos vendedores. Cuando creyeron llegada aquella, con pretexto del frio cambiaron sus jubones por los de los labriegos en que estaban los tres mil escudos, diciéndoles al oido: «Si mañana antes de medio dia oís tres cañonazos en la plaza, id á Lodi y decid al marqués de Pescara que el socorro está en poder de Antonio de Leiva; si no los oís, decidle que hemos muerto.» Hecho esto, tomaron sus alabardas, se dirigieron de noche á una mina, degollaron á los dos centinelas que

guardaban su entrada y salieron cerca del muro de Pavía: á los de la plaza que se asomaron al ruido les hablaron en español pidiendo seguro, y como no eran más de dos, el capitán Pedrarias no tuvo dificultad en permitirles la entrada. Al día siguiente tres estampidos de cañon en Pavía anunciaron á los labradores que los tres mil escudos habian llegado á manos de Leiva, y ellos corrieron á llevar la noticia á los imperiales de Lodi. Con aquel socorro Antonio de Leiva pagó á los impacientes tudescos y uno de sus capitanes, de quien todavía desconfiaba, ~~había~~ enenado: borron que sentimos hallar en la vida del valeroso defensor de Pavía.

Dado el rey Francisco á los rasgos caballerescos y confiando en tanta y tan buena gente como tenia, envió otro reto al marqués de Pescara ofreciéndole veinte mil escudos y dándole el plazo de veinte dias para que se presentase á dar la batalla, y que si dejaba de hacerlo por no tener tanta gente como él, se comprometia á que fuesen tantos á tantos. Contestóle Pescara, que estaba pronto á ello con el consentimiento que ya tenia de su general en jefe el virey de Nápoles, y que dentro de diez dias juntaria hasta diez y ocho mil hombres, con los cuales pelearia en campo igual; y que respecto á los veinte mil escudos, los guardára para una ocasion que esperaba habia de venir. A esto respondió La Tremouille á nombre del rey, que era contento de salir con otra

tanta gente, á condicion que los fosos de una y otra parte fuesen allanados, pero que le aseguraba que con la gente de Pavía no esperára juntarse aunque el plazo fuera mas largo. En fé de lo cual lo firmaba con su nombre y lo sellaba con su sello (13 Enero, 1525).

Preparáronse, pues, Lannoy, Pescara y Borbon á levantar el campo y á dar la batalla que tenia en espectacion á todo el mundo, de la que dependia la suerte de Italia y de Francia, y que iba á decidir la preponderancia de uno de los dos soberanos rivales. La gran dificultad era la falta absoluta de dinero para pagar por lo menos á los alemanes, que sin esto no se esperaba poderlos reducir á que se moviesen. En tal apuro el marqués de Pescara juntó una tarde á todos los capitanes de la infantería española, y en una enérgica plática les espuso la condicion de los tudescos y el conflicto en que con ellos se veía; que no solamente no habia sueldo que poderles dar, pero ni esperanza de recibir dinero de España ni de Nápoles, teniendo los franceses interceptados todos los caminos; que él mismo habia mandado empeñar ó vender sus estados de Venecia, pero que nadie se habia atrevido á realizarlo por temor á los franceses; que los gefes estaban prontos á dar todo su dinero, pero que esto era muy insuficiente recurso para tan gran necesidad. Asi, pues, los exhortaba y pedia que en tan solemne ocasion dieran al mundo un brillante ejemplo

de desprendimiento y patriotismo, ejemplo que seria tan glorioso á España como á ellos mismos que tenian la fortuna de haber sido puestos alli por el mayor monarca del mundo para sostener su poder, renunciando se propio salario, y lo que era mas, dando cada cual una parte del dinero que tuviese para pagar á los alemanes; que bien se hacia cargo de que les proponia una cosa nueva y nunca vista, pero que harto se indemnizarian luego con el gran botin que tras la victoria les esperaba. «Por tanto, concluyó diciendo, yo os ruego que me respondais lo que pensais hacer en todo.»

La respuesta de los soldados españoles, despues de dar gracias á su digno general por la mucha estima que de ellos hacia, fué, que no solo se prestaban gustosos á marchar al combate sin paga, aunque tuvieran que vender las camisas para comer, sino que darian á los tudescos ochenta de ciento, ó seis de diez, segun lo que cada uno tuviese. Con lágrimas de placer oyó tan generosa contestacion el de Pescara, se procedió á recoger los dineros con su cuenta y razon, llevada por el contador del ejército, y se recaudó lo bastante para dar á cada tudesco un ducado de socorro (1).

Al dia siguiente se hizo un llamamiento general

(1) Relacion de Fr. Juan de Oznayo, sacada de un códice de la Biblioteca del Escorial.—Sandoval, lib. XI. párr. 46.—De este rasgo de patriótico desprendimiento de las tropas españolas, ó no dicen nada, ó se contentan con alguna ligera indicacion los historiadores extranjeros.

á todas las tropas, y en la mañana del 24 de enero, encomendando al duque de Milan el gobierno y la guarda de Lodi, se desplegaron banderas y se movió el campo con gran ruido de trompetas y tambores. Llevaba la vanguardia con la caballería ligera el marqués de Santángelo, caballero griego, gran servidor del emperador y muy estimado como guerrero. Seguia el virey Carlos de Lannoy, general en jefe de todo el ejército, con su rey de armas delante y las insignias de su dignidad. El duque de Borbon con setecientas lanzas y muy lucida gente de armas. El marqués de P., acompañado de su sobrino el del Vasto, con seis mil infantes españoles. Seguia un escuadron de gente italiana, cuatro malas piezas de bronce y dos bombardillas de hierro, que era toda su artillería, y á retaguardia un escuadron de tudescos muy bien provistos de hermosas picas. Aquella noche se alojaron en Marignano, lugar gloriosamente célebre para Francisco I. por haber ganado en él en 1515 la famosa victoria contra los suizos, que se llamó el *Combate de los Gigantes*. De alli torciendo á la izquierda camino de Pavía, se detuvieron á combatir la villa fortificada de Santángelo, siendo el marqués de Pescara el primero que despues de abierta la brecha entró al grito de ¡España! embrazada la rodela en que llevaba pintada la muerte. Tomado y saqueado el lugar y hecha prisionera su guarnicion, movióse al dia siguiente (30 de enero) el ejército imperial